

Juan Antonio Martínez Camino

LOS 39 MARTIRES DE 1934 EN ESPAÑA,

CON LOS SANTOS
DE TURÓN A LA CABEZA



EN
CUEN
TRO



MÁRTIRES SIGLO XX

Los 39 mártires de 1934 en España

100XUNO

Colección
Mártires del siglo XX
nº 7

Dirigida por Juan A. Martínez Camino

Juan Antonio Martínez Camino

Los 39 mártires de 1934 en España, con los santos de Turón a la cabeza

Prólogo de Jesús Sanz Montes



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Prólogo de Jesús Sanz Montes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, nº 137

Esta obra ha sido publicada con la colaboración del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad CEU San Pablo

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-238-7

Depósito Legal: M-13351-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO

EL MARTIRIO, VIVENCIA CRISTIANA	7
---------------------------------------	---

INTRODUCCIÓN

LA REVOLUCIÓN DE 1934 Y LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA	13
--	----

Contexto internacional: la Revolución rusa de 1914 y el nacionalsocialismo.....	14
--	----

Contexto nacional: la «amenaza fascista»	15
--	----

La revolución en Asturias.....	19
--------------------------------	----

Las víctimas de la revolución de 1934	21
---	----

Los primeros mártires del siglo XX en España.....	23
---	----

Una nube de testigos de esperanza.....	26
--	----

I. LOS SANTOS MÁRTIRES DE TURÓN (ASTURIAS):

SAN CIRILO BERTRÁN, SAN INOCENCIO DE LA INMACULADA Y SIETE COMPAÑEROS.....	29
---	----

Los primeros Hermanos de La Salle mártires del siglo XX en España, la escuela de Turón y el protomártir de los Pasionistas..	29
---	----

Semblanzas de los santos mártires de Turón	33
--	----

El martirio	52
-------------------	----

El reconocimiento del martirio.....	56
-------------------------------------	----

II. LOS SEMINARISTAS MÁRTIRES DE OVIEDO:	
EL BEATO ÁNGEL CUARTAS	
Y CINCO COMPAÑEROS.....	63
El Seminario de Oviedo en 1934.....	63
Semblanzas de los beatos seminaristas mártires.....	66
El martirio	75
El reconocimiento del martirio.....	80
III. EL BEATO EUFRASIO DEL NIÑO JESÚS	
Y LOS BEATOS PAÚLES MÁRTIRES DE OVIEDO.....	83
Oviedo, en la revolución.....	83
IV. EL BEATO BERNARDO DE BARRUELO (PALENCIA)	
Y DOS SACERDOTES DIOCESANOS ASESINADOS	
EN PALENCIA Y BARCELONA	97
Mártires en varios lugares de España	97
V. MÁS SACERDOTES DIOCESANOS Y	
RELIGIOSOS ASESINADOS EN ASTURIAS.....	107
Los otros diez mártires de las cuencas mineras.....	108
Los otros cuatro mártires de Oviedo	118
VI. DOS SEGLARES MÁRTIRES,	
EN MONDRAGÓN Y TURÓN	123
APÉNDICE I. TEXTOS.....	139
Oficiales de la Iglesia.....	139
Diversos analistas	141
Testigos contemporáneos	143
APÉNDICE II. TABLAS.....	147
Los mártires del 1934, según las fechas del martirio.....	147
Los mártires del 1934, según su reconocimiento canónico	
y su estado de vida.....	151
BIBLIOGRAFÍA.....	159
ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS MÁRTIRES DE 1934	171

PRÓLOGO

EL MARTIRIO, VIVENCIA CRISTIANA

El año 1934 fue un ensayo general para la puesta en marcha de una revolución más amplia y, especialmente Asturias, fue el escenario escogido para la terrible aventura de un aprendizaje cruel en la barbarie de la más censuradora intolerancia. Amén de otros intentos de corte político, legislativo y administrativo, la persecución religiosa tomará cuerpo en ese año y en esos lares. Será el dramático preámbulo de lo que supondrá luego la persecución religiosa a partir de 1936, especialmente durante los primeros meses de la guerra civil española. En este libro se abordan precisamente los martirios de cristianos en esa coyuntura histórica en torno al preludio de 1934.

No estamos ante un tipo de víctimas que sucumben sin más por el odio ante la raza o la cultura, la clase social o la afiliación política. Hablamos de personas que entregan la vida pudiéndose quedar con ella, en un gesto de suprema libertad, con un santo heroísmo que solo es posible por el auxilio de la gracia de Dios. En el Prefacio de los mártires, hay una estrofa que nos da la clave del significado cristiano

de la memoria de estos hermanos: «La sangre del glorioso mártir, derramada, como la de Cristo, para confesar tu nombre, manifiesta las maravillas de tu poder; pues en su martirio, Señor, has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio». Desde una debilidad ha emergido la fortaleza de un cristiano y su propia fragilidad lo ha convertido en testigo de Otro. Así de hermoso y de ejemplar.

El paredón de fusilamiento, el tiro en la nuca o la inyección letal, son un abanico de contextos en los que se acaba con la vida de personas inocentes, condenadas sumarísimamente por motivos incomprensibles, como son la creencia y la vivencia religiosa. Son los distintos escenarios en los que hay un común denominador: la vida inocente te la arrancan de modo violento. Pero el hecho en sí, con toda la dureza objetiva y la tragedia que describe tamaño lance, no es equiparable sin más a un elenco indiscriminado, unificando todos los casos y metiendo al mártir cristiano en la fosa común de sucesos tan luctuosos. No se trata de hacer un apartado intangible de aristocracia moral para entronizar a nuestros caídos, pero sí de subrayar algunos factores que confluyen en el motivo por el que al cristiano se le quita la vida violentamente, y la actitud que él tiene al asumir el testimonio de su fe, perdonando a quienes no le perdonaron a él.

Nunca lo entenderán quienes no caminan por los caminos que Dios frecuenta, quienes calculan la crispación y usan la mentira, quienes malmeten, calumnian e insidian,

los camaradas de la oscuridad tenebrosa que no aman ni la luz ni la vida. La historia cristiana de España es el relato de una paradoja, sobre todo en la carne de sus mártires: la bienaventuranza de la vida que sobrevivió para siempre jamás a la muerte maldita en aquellos mártires, matados por odio a la fe, *in odium fidei*, que entre los años 1934 y 1939 fueron víctimas de una terrible confusión, una persecución enloquecida, una represión que en nombre de la libertad se trocó en liberticida.

Cuando la Iglesia los va beatificando no se centra en el escarnio que sufrieron antes de morir, ni en su terrible escenario; ni siquiera pronuncia el nombre de los verdugos, sus enseñas y sus siglas. Nada que ver con la «memoria histórica» que otros propugnan. Nuestro recuerdo es paradójicamente mucho más subversivo, porque no nace del resentimiento ni pretende reescribir la historia para imponer el olvido de una parte con injusto ajuste de cuentas. No esgrime la provocación, sino que busca el reconocimiento que nos abre a la gratitud y reconciliación que en estos mártires aprendemos. Es la impresionante paradoja de que en el paredón del odio no salió queja alguna de ellos, sino que murieron amando a Dios, testimoniando su belleza y, como hizo el Maestro, mirando a quienes no sabían lo que hacían, imploraban a Dios para ellos el perdón y la clemencia.

Para la comunidad cristiana los mártires son una llamada a despertar nuestra fe, quizás aletargada en una cómoda mediocridad. En su memoria recordamos que ha habido

hermanos nuestros que pagaron con su vida su condición de cristianos. Es motivo de conmovida gratitud y de emocionado homenaje eclesial por el inmenso testimonio creyente de quienes tanto amaron a Dios que supieron entregar su vida perdonando a los que de ese modo se la arrebataban. Así, en medio de tantos callejones sin salida, de tantos absurdos y heridas, aparecen estas víctimas del odio mortal por su fe confesada y vivida, que son para nosotros un reclamo de perdón, de reconciliación, de vivencia cristiana audaz y sencilla. Son como una ciudad sobre el monte, el testimonio elocuente del verdadero amor, y en el candelero de nuestro tiempo la luz más encendida.

La fe no se profesa solo con los labios, sino con toda la vida, entregada incluso como supremo acto de amor. Jesús se atrevió a llamar dichosos a quienes sufren las lágrimas, el hambre, la acechanza... haciendo de su llanto un canto sereno, revistiendo sus penurias de galas inimaginables, saciando sin empacho el corazón, y suscitando en la persecución peregrinos de la eternidad que ya nadie ni nada detendría. Estamos ante una subversión de los valores con esta proclama de las bienaventuranzas: Lo que paradójicamente llama el Señor dicha y felicidad, el mundo lo denomina infeliz desdicha. ¿Cómo es posible semejante trueque y trastoque? ¿Cuál es el secreto por el que una maldita malaventuranza se convierte en bienaventuranza bendita? Son las paradojas de Dios.

¿Cuál fue la presunta fechoría que había que reprimir en los mártires con semejante exceso por quien siega la

vida? Su ridículo delito en la mente de sus asesinos fue la fe que abrazaron, su vocación vivida, el testimonio cristiano en todas las vías. No hubo en sus ropas un carné de partido, porque nunca militaron en política, ni llevaban armas defensivas quienes eran instrumentos de paz rendida, ni odio en su mirada quienes se asomaban a la vida desde los ojos del Señor, ni siquiera una resistencia legítima que hubiera podido resolver su desenlace con una comprensible huida. Fueron sacerdotes, frailes, seminaristas y un puñado de seglares. Habían encontrado a Dios en sus vidas, escucharon su llamada y dijeron un sí grande a lo que en la Iglesia el Señor les proponía.

Vemos a los mártires como modelos de fe y, por tanto, de amor y de perdón. Son nuestros intercesores, para que pastores, consagrados y fieles laicos recibamos la luz y la fortaleza necesarias para vivir y anunciar con valentía y humildad el misterio del Evangelio, en el que se revela el designio divino de misericordia y de salvación, así como la verdad de la fraternidad entre los hombres, ayudándonos a profesar con integridad y valor la fe de Cristo. Los mártires murieron perdonando. Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogándose a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis moral.

Esta es la remembranza cristiana hecha recuerdo y oración, ante el supremo testimonio de quienes creyeron con fe hasta una entrega de la vida que se torna en testimonio

de amor al morir perdonando a quienes los mataban. Se podrán escribir panfletos, rodar películas, vociferar en tertulias y dictar leyes que reabren heridas, pero todo eso caduca cuando lo que se dice, se escribe o se filma no hace las cuentas con la verdad sucedida. Quedan los nombres laureados con la corona de la santidad y la palma del martirio de estos hermanos nuestros. Con dulzura, sin acritud, sin revancha, ellos han escrito con su sangre la página impresionante de una humanidad nueva y redimida por Cristo, aquel primer mártir cristiano que dio su vida en la Cruz. Es la debilidad que se hizo fuerte, la fragilidad que se hizo testigo.

Fr. Jesús Sanz Montes, ofm

Arzobispo de Oviedo
Oviedo, Domingo de Ramos de 2025

INTRODUCCIÓN

LA REVOLUCIÓN DE 1934 Y LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

El 4 de octubre de 1934 estalló en España una revolución, cuyo objetivo era instaurar una República socialista acabando con la II República, que había sido establecida por la Constitución de 1931. Los revolucionarios pensaban que la República era una «república burguesa» que impedía a las clases trabajadoras conseguir sus objetivos y que, por el contrario, permitía la implantación de partidos y políticas que calificaban de «fascistas».

La revolución debía producirse en toda España, en particular, en Madrid y Barcelona. Sin embargo, fracasó en estas grandes ciudades y en el resto del país. En cambio, tuvo más éxito en los centros mineros del norte, en especial en Asturias, donde las fuerzas revolucionarias lograron imponerse a la policía y al ejército durante unos veinte días. Se apoderaron de la capital, Oviedo, que sufrió grandes destrozos; y hubo muchos muertos. Por eso, se suele hablar de la «Revolución de Asturias». Pero la revolución fue planificada en Madrid para toda España y también hubo muertos fuera de Asturias, entre ellos, cuatro mártires católicos.

En esta Introducción señalamos con la brevedad imperada los rasgos básicos del contexto internacional y nacional de la Revolución de 1934, entre cuyas víctimas se encuentran los 39 mártires católicos de los que trata este libro, a cuya cabeza van los santos mártires de Turón (Asturias), san Cirilo Bertrán y compañeros. También nos referimos al significado histórico y teológico de estos primeros mártires del siglo XX en España.

Contexto internacional: la Revolución rusa de 1914 y el nacionalsocialismo

El primer tercio del siglo XX había sido un tiempo de guerras civiles revolucionarias en toda Europa¹. La más famosa y la de más duraderas y vastas consecuencias fue la que triunfó en Rusia en octubre de 1914, justo veinte años antes de la revolución contra la República española.

No es casual que la revolución tuviera lugar en España en ese aniversario simbólico. La victoria del marxismo en Rusia se había convertido para los revolucionarios de toda Europa en modelo y aguijón. En Rusia no se daban las condiciones previstas por la ideología marxista para la

¹ Cf. Stanley George Payne, «Un siglo de guerras civiles», en: Juan Antonio Martínez Camino (Ed.), *Víctimas y mártires. Aproximación histórica y teológica al siglo XX*, Colección Mártires del siglo XX, nº 2, Encuentro, Madrid 2017, 21-40. - Sobre la Revolución rusa y sobre los mártires cristianos del régimen soviético, cf. Miguel Palacio, *San Tíjón de Moscú y los nuevos mártires de la Iglesia ortodoxa rusa*, Colección Mártires del siglo XX, nº 5, Encuentro, Madrid 2022.

implantación de la dictadura del proletariado, fase previa a la sociedad socialista. No era un país tan industrializado como los del centro de Europa, en los que Carlos Marx había pensado. España tampoco lo era. Pero los dirigentes socialistas que planificaron la revolución en Madrid pensaron que las cosas no tenía que resultar peor que en Rusia. Y se decidieron a aprovechar una coyuntura que consideraban buena.

Hacía poco más de un año, el 30 de junio de 1933, Adolfo Hitler había sido nombrado canciller de la República alemana, después de haber ganado las elecciones. Los socialistas españoles —y no sólo ellos— veían con preocupación la nueva situación que el nacionalsocialismo planteaba en toda Europa; temían que la ya de por sí compleja situación de la República española se tornara definitivamente desfavorable para ellos en el nuevo contexto europeo.

Contexto nacional: la «amenaza fascista»

La II República española fue desde el principio, como atestigua la Constitución de 1931, un régimen más apoyado en planteamientos revolucionarios que en principios reformistas. De hecho, el centro-izquierda, los «republicanos», consideraban que la República era «suya», es decir, una herramienta a su servicio para darle la vuelta a la situación social y política y a los principios que habían regido hasta entonces. Quienes pensaban que las reformas sociales necesarias no deberían hacerse según propugnaban el liberalismo

radical y el socialismo marxista eran considerados por los «republicanos» como un peligro para su República.

Los «republicanos», aunque con matices diversos, podrían suscribir la famosa frase pronunciada por el primer presidente constitucional de la II República, Manuel Azaña, el día que asumió la alta magistratura, el 14 de octubre de 1931: «España ha dejado de ser católica». Coincidían en que el catolicismo y sus principios debían ser apartados o incluso eliminados de la esfera pública en la España republicana. La Constitución abrió la puerta a una persecución legal de la Iglesia católica, que se expresó enseguida, en 1932, en la ilegalización de los Jesuitas e incautación de sus bienes y, en 1933, en la prohibición de la enseñanza a las instituciones católicas, también con incautaciones, entre otros atropellos de derechos fundamentales.

Las masas católicas acudieron a las elecciones de noviembre de 1933, en las que, por cierto, las mujeres votaban por vez primera, con ánimo no sólo de defenderse, sino de tratar de reorientar la política general de modo que la República pudiera ser un régimen en el que todos tuvieran lugar, también los católicos. El centro-izquierda perdió la mayoría en las Cortes. El partido más votado, con 115 escaños del total de 473, fue la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), liderado por José María Gil Robles, tan católico como posibilista reformista en lo político.

Sin embargo, el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, encomendó la formación de gobierno

al Partido Republicano Radical (PRR), de Alejandro Lerroux, que había obtenido el segundo puesto, con 102 escaños, pero que estaba en coalición con el del presidente. Gil Robles aceptó la solución, pues la Alianza de derechas, en la que se incluía su partido, no tenía la mayoría absoluta en la cámara y, por tanto, era necesario pactar. El líder de la derecha, según sus principios reformistas, pensaba que lo mejor era una política gradual que evitara cambios bruscos y reacciones violentas.

Con todo, la fuerte oposición que sufrió el gobierno de centro derecha, tanto en un parlamento muy fragmentado y convulso, como en una calle revuelta y envenenada por el sindicalismo marxista (UGT) y anarquista (CNT), ocasionó una crisis de gobierno que llevó a Gil Robles a exigir el nombramiento de algunos nuevos ministros cercanos a su formación política. Fue la ocasión que dio pie al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) para aventurar la ejecución de la acción revolucionaria que venía planeando de tiempo atrás con la UGT y otras fuerzas «republicanas».

En las Cortes surgidas de las elecciones de 1933, el PSOE había perdido 56 escaños, quedando reducido casi a la mitad, con 59. En esta nueva coyuntura, el partido giró fuertemente a la izquierda adoptando la política propagada por el ala marxista revolucionaria, liderada ahora por Francisco Largo Caballero, y relegando la más posibilista, de Julián Besteiro.

Los revolucionarios declararon abiertamente en las Cortes que el «peligro fascista» que, según ellos, suponía el

nuevo gobierno, les obligaba a abandonar la arena política republicana y a pasar a la acción revolucionaria. Era cierto que en Europa se dibujaba una dura confrontación entre el comunismo soviético y el nacionalsocialismo alemán. Pero el centro-derecha español, en el gobierno, no era, en realidad, ni de lejos homologable al nazismo; y los partidos más radicales de izquierda y de derecha, el comunista y la falange, resultaban por entonces casi insignificantes. Por eso, el alegado «peligro fascista» no pasaba de ser una lamentable excusa para la revolución socialista, que tensó innecesariamente la vida política y que iba a conducir a un conflicto armado y, a la postre, bélico, según preveía y lamentaba el mismo Julián Besteiro, pero, al parecer, deseaban Largo Caballero y los suyos.

La revolución en Asturias



Octubre de 1936: la revolución volvió a Oviedo

La revolución estalló el 4 de octubre de 1934 con una huelga general y un plan de asalto a los cuarteles en Madrid, mientras en Barcelona los nacionalistas de Companys declaraban el «Estado catalán dentro de la República federal española». Estas acciones fracasaron tanto por fallos de organización como por la intervención decidida de las fuerzas de seguridad y del ejército. Además, las masas trabajadoras no secundaron a fondo la huelga revolucionaria. Lo mismo aconteció en otras ciudades y lugares de España.

Los 39 mártires de 1934 en España, con los santos de Turón a la cabeza

La revolución de 1934 causó los primeros 39 mártires del siglo XX en España. Este libro ofrece el primer panorama completo de esos testigos de Jesucristo. Los más conocidos son los santos Mártires de Turón y los beatos Seminaristas mártires de Oviedo. Murieron perdonando. Fueron víctimas de ese ídolo llamado *Progreso*, que sigue desorientando tantas vidas y amenazando la convivencia. Su memoria estimula la reconciliación y nutre la esperanza que no defrauda.

Uno de los mártires de 1934 tenía sobre su mesa el crucifijo que ilustra la cubierta. Había grabado al dorso las palabras del Maestro: «amad a vuestros enemigos; haced bien y prestad sin esperanza de recibir nada por ello; y será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno aun para los ingratos y malos».

